

EDITORIAL

La ideología tecnológica

La tecnología se está convirtiendo en nuestros días en una ilusión, y esta transformación se está produciendo en dos diferentes niveles: por un lado, por su capacidad creadora de conceptos, imágenes y representaciones sugeridas por la imaginación o por el engaño de los sentidos, sin apoyatura en una auténtica realidad. En este sentido, la virtualidad crea nuevos espacios conceptuales para los sentidos en los que realidad e ilusión adquieren nuevos significados.

Pero la tecnología es también generadora de otras ilusiones de carácter socioeconómico o político, que desbordan las meras aplicaciones técnicas. Se trata en este caso de ilusiones en su acepción de esperanzas o anhelos que, incluso aunque carezcan de fundamento racional, son capaces de movilizar voluntades y de desencadenar determinadas actuaciones para su consecución.

En este segundo plano deberíamos situar la acción de los poderes públicos -desde el Plan Gore, en Estados Unidos, hasta el Plan Delors o las recomendaciones del Grupo Bangemann, en la Unión Europea, pasando por las políticas de diversos gobiernos nacional es para desarrollar las llamadas autopistas de la información, o infopistas, con la esperanza de que las nuevas tecnologías actúen como estimuladoras de la actividad económica y de la creación de empleo.

Si echamos un vistazo a la historia veremos cuánto han cambiado las cosas. Aunque la tecnología es siempre deudora de los conocimientos acumulados por los hombres y es producto social y cultural de una época, entendiendo cultura en un sentido amplio como conjunto de conocimientos, artes, técnicas, valores y normas vigentes en una sociedad, la aceptación de las sucesivas innovaciones nunca ha sido pacífica y desde la más remota antigüedad se tienen noticias de grupos que por razones religiosas, ideológicas o de intereses materiales las consideraban como males que había que rechazar.

Hoy los furibundos discursos antitecnológicos, frecuentes no hace muchos años, suenan a terriblemente antiguos. La tecnología es plenamente aceptada y lo es por sintonizar con las ideas y valores dominantes en la sociedad actual, que ha cambiado su forma de percepción a medida que las aplicaciones de esas tecnologías se hacían presentes en su vida laboral, familiar y social. La tecnología es un importante elemento de cambio social que influye en los hábitos de comportamiento y en la forma de pensar de los hombres, en un proceso ininterrumpido de realimentación mutua.

Sin embargo, la tecnología va perdiendo su carácter instrumental y empieza a configurarse como un valor en sí misma; adquiere independencia y cobra un poder autónomo de desarrollo. La tecnología empieza a transformarse en una ideología, en una representación colectiva que se acepta sin reflexionar y que todo el mundo admite como algo bueno, al tiempo que se convierte en un atributo valorizante.

En unos momentos en los que son constantes las referencias a la crisis de las ideologías; cuando las utopías han sido barridas y el pragmatismo se consolida -valga la redundancia- como práctica generalizada, el discurso tecnológico emerge con extraordinario vigor y se expande para cubrir el vacío dejado por otras ideas y doctrinas, erigiéndose en cierta forma como la ideología de nuestro tiempo.

Y así sus efectos sobre la realidad se multiplican. Las aplicaciones de la tecnología repercuten sobre los comportamientos humanos y sobre la organización social y contribuyen a la transformación de la propia realidad, pero, además como ideología, condiciona la percepción y valoración de esa misma realidad.

Y esta actitud entraña numerosos riesgos. Por un lado, no todo lo tecnológicamente posible es necesariamente bueno y deseable socialmente ni la tecnología es un valor absoluto en sí mismo. Por otro, para quienes estamos convencidos de las bondades del desarrollo tecnológico, resulta inquietante convertir la tecnología en la panacea de todos los males, generando unas esperanzas excesivas y unas expectativas que pueden verse defraudadas.

Las modernas redes de comunicaciones pueden hacer posible la corrección de desequilibrios y facilitar el acceso de los ciudadanos a la información con independencia de cuál sea su lugar de residencia; pueden favorecer la aparición de una sociedad más descentralizada; pueden multiplicar los centros de difusión de información, haciendo posible que personas y grupos alejados de los tradicionales centros de poder se conviertan en emisores de sus propios mensajes, etc.

Pero también pueden dar lugar a una sociedad dual, donde las diferencias entre quienes tienen o no acceso a los nuevos servicios se vean aumentadas. Y muchos ciudadanos pueden quedar excluidos del disfrute de sus ventajas, por ejemplo, telemedicina, teleasistencia, teleeducación, etc., y ser relegados en la adquisición de los niveles de bienestar que se ofrecen a otros.

El que la evolución y el resultado sea de una u otra forma no depende de la tecnología, sino de las ideas que inspiren las políticas de desarrollo económico y social de los Gobiernos, respecto de las cuales la tecnología tiene carácter meramente instrumental, aunque se trate de un instrumento importante y decisivo.

Roberto Velázquez